

UN UNIVERSITARIO CABAL*

Juan CIANCIARDO

El profesor Massini es un universitario de la cabeza a los pies: en la Universidad de Mendoza y en todas las universidades que lo han tenido como profesor visitante se ha propuesto y ha propuesto a otros —a todos los que lo hemos conocido— un trabajo académico de excelencia, que se distinga por ser un aporte significativo a la sociedad. No ha querido conformarse con menos, y ha sabido conjugar ese talante exigente —auto-exigente, en primer lugar— con un buen humor inalterable, tan inalterable que no puede ser atribuido sólo a una inclinación del carácter sino a la virtud personal. Un buen humor así es una manifestación de alegría, una virtud que se asienta no tanto en la afectividad como en la inteligencia y en la voluntad, en el optimismo como actitud vital procedente de contemplar cuánto de bueno hay en cada una de las cosas que nos rodean.

La búsqueda de una universidad de excelencia que ha emprendido a lo largo de toda su vida el profesor Massini es un empeño que tiene mucho de utópico en los tiempos que corren, en los que el rol mismo de la universidad no es bien comprendido o es cuestionado.¹ En este sentido, es un lugar común, un *topoi* del discurso dominante acerca de la educación superior, la afirmación de que la universidad actual no responde a lo que se espera de ella, o lo hace solo muy parcialmente. Cuando digo “actual” no me refiero exactamente a esta universidad, la de 2016, sino a la que nos toca en suerte transitar desde hace ya varias décadas.

Un diagnóstico así no debería extrañar demasiado si proviniera exclusivamente de los profesores, es decir, de quienes tienen o deberían tener como oficio la crítica, el cuestionamiento de los paradigmas vigentes —por utilizar la conocida expresión de Kuhn—² con vistas a su superación y reem-

* Discurso pronunciado con ocasión de la investidura del profesor doctor Carlos Massini como doctor *honoris causa* por la Universidad de Mendoza el 8 de junio de 2011.

¹ A esto mismo se refirió el propio profesor Massini en la parte final de la clase que brindó con ocasión del acto mencionado en la nota anterior.

² Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971, *passim*.

plazo por otros más satisfactorios: cuando el cuestionamiento es un oficio, resulta inevitable que el oficio mismo resulte uno de los objetos de la tarea.

Sin embargo, estamos ante una crítica más general, y por eso más preocupante. Proviene no sólo y ni siquiera principalmente de los profesores, sino sobre todo de los estudiantes y, hasta cierto punto, de la sociedad en general. Y tiene lugar en el mundo desarrollado y en el más amplio ámbito de los países subdesarrollados.

En el caso de los estudiantes, la crítica a la Universidad adquiere forma de desencanto y de disgusto. Sirve como ejemplo de ello, creo, las palabras poderosas con las que tiempo atrás —concretamente en 1984— se refería a ella Vargas Llosa, al recordar su paso por las aulas:

sí, era eso mismo, la Universidad. Ese año decepcionante, esos cursos de historia, literatura y filosofía en los que se matriculó en San Marcos. Muy rápidamente llegó a la conclusión de que a esos profesores se les había atrofiado la vocación, si es que alguna vez habían sentido amor por las obras maestras, por las grandes ideas. A juzgar por lo que enseñaban y por los trabajos que pedían a los alumnos, en la cabeza de esas soporíferas mediocridades se había producido una inversión. El profesor de Literatura Española parecía convencido de que era más importante leer lo que el señor Leo Spitzer había escrito sobre Lorca que los poemas de Lorca, o el libro del señor Amado Alonso sobre la poesía de Neruda que la poesía de Neruda, y al profesor de Historia parecían importarle más las fuentes de la historia del Perú que la historia del Perú y al de Filosofía más la forma de las palabras que el contenido de las ideas y su repercusión en los hechos... La cultura se les había disecado, convertido en saber vanidoso, en erudición estéril separada de la vida. Él se había dicho entonces que eso era lo esperable de la cultura burguesa, del idealismo burgués, apartarse de la vida, y había dejado la Universidad disgustado: la verdadera cultura estaba reñida con lo que allí se enseñaba.³

¿Cuáles son las causas de esta situación? El párrafo apunta a lo que, en mi opinión, es el centro de la crisis: la falta o la pérdida de la vocación universitaria. La vida de la universidad depende de que quienes se encuentran llamados a trabajar en ella respondan con generosidad a una cita de características peculiares. De que una respuesta así es posible nos da ejemplo cabal el nuevo doctor, que hoy recibe su investidura. Se trata de un llamado a buscar apasionadamente la verdad y a dejar todo por seguirla; a despreciar el dinero, el poder y todo bien material existente, y a preferir el saber. Y aunque a los ojos contemporáneos esto pueda parecer una locura, lo cierto

³ Vargas Llosa, Mario, *Historia de Mayta*, visible en: <http://www.hacex.org/pdf/VargasLlosa05.pdf>, p. 24. Debo la referencia a este texto al profesor Pedro Serna Bermúdez.

es que es profundamente plenificador: porque el dinero, el poder y todo lo material pasan, pero el saber, la contemplación de la verdad, no. Porque el dinero, el poder y los bienes materiales son externos al hombre que los posee, y el saber es interno a él, lo completa, lo perfecciona, lo plenifica, tiene la capacidad de proporcionar un grado de deleite y de felicidad que ningún otro bien tiene.

Sólo desde esta perspectiva creo que puede entenderse, de modo cabal, por qué un universitario como al que hoy homenajeamos, en cierto modo, nunca se jubila, siempre tiene tiempo para afrontar con pasión renovada nuevas lecturas y trabajos, o para entusiasmarse con el próximo congreso, con una reunión con investigadores antiguos y nuevos o con un libro colectivo, o para, en fin, dar a quien tiene necesidad de un consejo una opinión experimentada sobre los problemas cotidianos que se afrontan en el gobierno de una facultad o de la universidad.

Vale la pena detenerse un momento para situar las ideas precedentes en su contexto. Si bien es evidente que la sociedad de comienzos del siglo XXI necesita de ideas que le permitan comprenderse y comprender el mundo en el que se inserta, lo cierto es que, paralelamente, uno de los problemas más acuciantes y preocupantes de nuestros días es el de la pérdida —o, el menos, el deterioro profundo— del afán por saber. Es una de las consecuencias (quizá la más notoria) de una educación que se ha concentrado más en la acumulación mecanicista de información que en la adquisición de hábitos intelectuales y morales, por un lado, y de un proceso progresivo de banalización de la dimensión lúdica de toda existencia humana que ha acabado identificando el descanso con la evasión, por otro. Ambos procesos fueron favorecidos por la revolución de las comunicaciones; en especial por el advenimiento de la televisión, que ha adquirido hoy una profundidad inimaginable años atrás: hasta la arquitectura —incluso el morar humano más íntimo, las habitaciones, las salas de estar— debe adaptarse a las necesidades del plasma. Aunque debe reconocerse que la televisión tiene también una influencia positiva en otros aspectos, y que a caso no es el único factor negativo que se detecta en la “era de las comunicaciones”. Baste como ejemplo considerar que el tiempo presente ha traído también afecciones del carácter tan curiosas y extraordinariamente difundidas como las adicciones a los teléfonos celulares, al correo electrónico y a Internet.

Las consecuencias de este deterioro están a la vista de todos: el ciudadano medio recibe acriticamente lo que los tecnócratas del poder económico, político y mediático deciden sobre aspectos importantes de su vida, sin plantearse otro control sobre esas decisiones que la verificación “mediática” de

que es esa la opinión de “la gente”, opinión que es a su vez manipulada (de modos múltiples, también en el momento de auscultarla) por quienes son supuestamente controlados o guiados por ella.

La recuperación de un espíritu reflexivo, cuestionador, creativo, que no dé por supuesto más que las pocas cosas que merecen semejante reconocimiento epistémico, la superación de la atonía intelectual que campea en las profesiones, en los oficios y en las escuelas, es una tarea que corresponde a muchos actores sociales, entre los cuales se destaca como fuente primera la Universidad. En Argentina y en otros países con un desarrollo débil del conocimiento esto último constituye un desafío complejo. Apenas contamos con ámbitos universitarios que merezcan realmente ser llamados así. Predomina la Universidad-populista o la Universidad-empresa, en las que no hay espacio (o hay un espacio insuficiente) para el desarrollo científico: existen pocos profesores formados y activos que puedan llevarlo adelante, y apenas hay bibliotecas o laboratorios que brinden las condiciones de infraestructura básicas. A estos problemas se suma otro, que es en realidad una dificultad de la educación superior en buena parte del mundo occidental. Desde hace unos años se ha venido instaurando lo que un profesor ha denominado “la cultura del indicador”. Este profesor bautiza con esa expresión a la pretensión creciente de someter a baremos matemáticos el trabajo científico del profesor universitario. Se han introducido, en ese contexto, palabras sospechosas para cualquier profesor (no sólo para quienes nos dedicamos a las humanidades): evaluación, acreditación, calidad, estándar (con derivados idiomáticos que causan perplejidad y pavor: sub-estándar o sobre-estándar), la díada meta-objetivo, los “expertos”, etcétera. Esto ha producido que quienes aún se encuentran en una etapa de formación académica deban (ahora sí me referiré exclusivamente a las humanidades, aunque lo que diré entiendo que tiene traducción a las ciencias exactas, a las biológicas y a las sociales) procurar construir una montaña de publicaciones que les permita insertarse, luego —“evaluada” y “acreditada” por “expertos” su “calidad”—, en el sistema nacional de investigadores. A los profesores formados no les va mejor: lo que al “sistema” le interesa de su trabajo no es aquello que hayan dicho, o, con otras palabras, en qué medida hayan realmente generado un conocimiento original, sino más bien su (y empleo nuevamente un término sospechoso) “impacto”, es decir, el lugar en el que hayan dicho lo que dijeron, y que eso que han dicho haya sido repetido luego por otros en sus propias publicaciones, sin apenas considerar si lo dicho es un digno avance científico o una soberana estupidez.

No es poco frecuente, situados en este escenario, toparse con personas que se dedican a la docencia en una universidad y no han conocido nunca

(formados en la Universidad-populista o en la Universidad-empresa) o han perdido (probablemente para siempre, como consecuencia de la vorágine de la gestión) la vocación universitaria. No han tenido nunca o han perdido la actitud vital propia del auténtico universitario, que contempla la realidad toda, no sólo la parcela a la que se dedica de modo más específico, con ojos críticos, zarandeándola y amándola, con la intención de mejorarla y de mejorar así la vida de los que lo rodean. Se dedican a la pura docencia, entendida como repetición de información con más o menos gracia, o a la gestión universitaria como tecnócratas cuyas aspiraciones profesionales más hondas han sido devoradas, ya ni se acuerdan cuándo, por la tecnoestructura. En pocos lugares como en la Universidad resulta tan compatible moverse mucho y hacer muy poco. Es en ella donde, en realidad, aquel que más se mueve suele ser el que aporta menos.

Lo dicho no pasaría de ser una descripción con destino en los libros de historia (¿cuántas profesiones se han ido perdiendo en el tiempo, y cuántas nuevas han surgido?) si no fuera porque sus consecuencias son aterradoras. Lo son, en primer lugar, porque el conocimiento es un bien humano básico, sin el cual la vida del hombre no es auténticamente humana. Y la búsqueda de ese bien en grado sumo sólo puede darse en entornos como los que se han gestado en las universidades desde el siglo VIII o, antes, en Grecia y Roma. En segundo lugar, la pérdida a la que me vengo refiriendo nos incapacita para superar la crisis cultural en la que estamos inmersos, de las que la crisis económica y política son sólo epifenómenos. Vistas las cosas desde este punto de vista, se percibe con nitidez que la Universidad es “una cosa demasiado seria como para dejarla en manos de políticos y tecnócratas” (Llano).

Retomemos el análisis de las causas de la crisis universitaria, ya esbozadas. ¿Por qué alguien que es llamado a la Universidad deja sin respuesta ese llamado o da una respuesta inicialmente positiva para luego no sostenerla en el tiempo?

Lo primero ocurre muchas veces en sociedades como la nuestra, en las que la lógica del saber es reemplazada en el seno mismo de las universidades por la del poder o la del tener: lamentablemente no pocos de quienes se acercan a la docencia lo hacen pensando que así podrán obtener prestigio y, con él, poder político (intra y extra universitario) o dinero (porque será el pasaporte para más y mejores clientes). Yendo de las personas a las instituciones, lamentablemente abundan en Latinoamérica las universidades que han sido y se han desarrollado como negocios o como herramientas para la lucha partidaria.

Lo segundo, el abandono o la pérdida de una vocación universitaria que inicialmente se tuvo suele producirse en entornos de abundancia, como

consecuencia de la pereza y de la *curiositas*. Puede resultar ilustrativo, respecto de esto último, el siguiente pasaje de la novela *Solar*, del inglés Ian McEwan, en el que el autor se refiere al trabajo de su protagonista, Michael Beard:

Ocupaba un puesto universitario honorario en Ginebra y no enseñaba allí, prestaba su nombre, su título, profesor Beard, premio Nobel, a membretes e institutos, suscribía “iniciativas internacionales”, era miembro de una Comisión Real para la financiación de la ciencia, hablaba por radio con lenguaje de profano sobre Einstein, fotones o mecánica cuántica, brindaba su consejo sobre solicitudes de becas, era asesor de tres publicaciones académicas, escribía informes y reseñas sobre las obras de sus colegas, se interesaba por los cotilleos, la política de la ciencia, las intrigas, las argucias, el aterrador nacionalismo, las sumas colosales arrancadas a ministros y burócratas ignorantes para otro acelerador más de partículas o para alquilar espacio instrumental en un satélite nuevo, asistía a congresos internacionales en Estados Unidos —¡once mil físicos reunidos!—, escuchaba a posgraduados explicando sus investigaciones, daba con variaciones mínimas la misma serie de conferencias sobre los cálculos que apuntalaban la Combinación Beard-Einstein que le había valido el premio, concedía él mismo galardones y medallas, aceptaba títulos honoris causa y pronunciaba discursos y panegíricos al final de una cena sobre colegas jubilados o a punto de ser incinerados. Era una celebridad, por gentileza de Estocolmo, dentro de un universo restringido y especializado, e iba tirando un año tras otro, vagamente cansado de sí mismo, privado de alternativas... Quizá fuera suficiente, quizá había logrado todo lo posible durante un brillante verano de juventud. Una cosa era cierta: dos decenios habían transcurrido desde la última vez que se había sentado solo y en silencio, con un lápiz y una libreta en la mano, a meditar durante horas seguidas, a elaborar una hipótesis original, acariciarla, perseguirla, insuflarle vida. La ocasión nunca se le había presentado; no, era una débil excusa. Le faltaba la voluntad, el material, le faltaba la chispa. No tenía ideas nuevas.⁴

Son la pereza, la *curiositas* o apetito desordenado de saber, y también —en alguna medida, me parece— la creciente burocracia pseudouniversitaria a la que ya se hizo referencia, los factores que han conducido a que el doctor Beard abandone su vocación intelectual y se dedique realmente a otra cosa: a los papeles, a los cálculos, a la repetición de un único apunte hasta no creer él mismo lo que allí se dice.

Como consecuencia de este doble fenómeno transitan la Universidad profesores y estudiantes a los que no les interesa estudiar. No son, de ver-

⁴ McEwan, Ian, *Solar*, trad. de J. Zulaika, Buenos Aires, Anagrama, 2011, pp. 26 y 27.

dad, universitarios. Viven su vida a la velocidad de vértigo que impera en los tiempos modernos, sin sosiego, con la cabeza repiqueteada por el celular, los atascos de tránsito, las diversas pantallas que nos rodean... Con una precipitación que lo desborda todo. Como bien lo intuyó hace años Bradbury en *Fahrenheit 451*, en una vida así los libros no tienen espacio, carecen de sentido.⁵ Nada más alejado del estudio que el apuro. Quien muere como consecuencia de un balazo no resulta muerto por la bala, sino por la bala a la velocidad a la que es impulsada por el revólver. Lo que mata la vida intelectual del hombre actual no es el conjunto de actividades que despliega, sino la velocidad a la que suele hacer esas cosas, la ansiedad con la que las afronta.⁶

Ojalá que ejemplos como el del profesor Massini nos interpeleen. No podemos acabar siendo aquellas “soporíferas mediocridades” que padeció Vargas Llosa. Tenemos el deber de vivir intensamente nuestra vocación, siendo universitarios auténticos, buscadores incansables de la verdad. Sin embargo, para lograrlo, para seguir el ejemplo que nos propone Massini, hay algo fundamental que corresponde resaltar aquí, al final de estas líneas, que no fue dicho de modo expreso pero que estuvo latente, implícito, en los párrafos precedentes, del mismo modo que lo está, me permito intuir, en el espíritu que anima las atribuciones a este volumen colectivo. Se trata de un *quid* común a toda actividad auténticamente humana, de difícil definición, pero que en pocos oficios como en el nuestro resulta tan fundamental.

Una respuesta cabal como la que reclama la vocación universitaria —especialmente en el caso de un filósofo, como es el caso— implica bastante más que una simple acumulación de saber... Supone, en realidad, algo mucho más exigente e integral, porque somos una unidad, por un lado, y porque se trata de la contemplación de la verdad, por otro. Demanda un esfuerzo profundo en pos de encarnar en nuestra vida personal el conjunto de valores trascendentes que la orientan y le dan un sentido pleno. Éste es, hasta donde puedo ver, el mensaje más profundo que nos transmite con su magisterio el profesor Massini. De que cada uno de quienes compartimos con él la vocación universitaria se comprometa de modo personal con esos valores, de nuestra integridad, en definitiva, dependerá que estemos a la altura del desafío que el nuevo doctor nos propone con su ejemplo, desafío que él mismo se planteó y afrontó con un éxito que hoy nos enorgullece a todos.

⁵ Cfr. Bradbury, Ray, *Fahrenheit 451*, Barcelona, Ediciones Minotauro, 2007, *passim*.

⁶ Cfr. La imagen de la bala en Pieper, Josef y Leclerq, Jacques, *De la vida serena*, 3a. ed., Madrid, Rialp, 1965.